

PONENCIAS DE VIDA DE MAESTROS



Seminarios y Seminaristas.

*Como una forma de profundizar más en los asuntos que aparecen de manera evidente o subrepticia en las historias, el IDEP convocó el día 17 de Noviembre de 1998 en sus instalaciones el Primer Seminario de la serie **Vida de Maestro**. Durante este evento varios especialistas se reunieron para exponer sus puntos de vista sobre LA VIOLENCIA EN LA ESCUELA desde sus diferentes perspectivas teóricas. Las siguientes son versiones corregidas de las ponencias presentadas, además de una versión editada del debate.*

MALTRATO, VIOLENCIA Y ESTRUCTURA FAMILIAR

*Francisco Cajiao **

Hace 20 años se expidió en Italia una ley que ordenó el cierre de todos los hospitales psiquiátricos —los famosos manicomios— por tratarse de instituciones no solamente ineficaces para curar a los enfermos mentales, sino por ser infames y denigrantes de la dignidad mínima de las personas. Hace apenas tres semanas tuvo lugar en Trieste, Italia, una reunión que con ocasión de cumplirse los veinte años de esa ley, propuso la creación de una red mundial de desarrollo humano. Parece un tanto extraño pero en esta conferencia quiero hablar de manicomios.

El gran aporte del grupo de personas que promovieron la desaparición de los manicomios fue darse cuenta de que las estructuras de esas instituciones no solamente eran inútiles para sanar a los enfermos, sino que eran capaces de enfermar a los sanos. En efecto, se podía apreciar que muchos médicos y enfermeros que trabajaban en contacto con los locos, tendían también a asumir conductas y comportamientos que parecían de locos. Las terapias de choque consistentes en el uso reiterado de camisas de fuerza, celdas de aislamiento, jaulas y choques eléctricos, además del uso de drogas con fortísimos efectos secundarios eran administrados como rutina por gente aparentemente sana, de alto nivel académico y un supuesto sentido humano que los conducía a cuidar de seres abandonados en el más profundo sufrimiento.

El problema, pues, no parecía ser de cada persona en particular. No se trataba de un ejército de sádicos ocupados en aniquilar a quienes las circunstancias de la vida ya habían lastimado lo suficiente. El problema era otro; el manicomio como institución, como estructura cerrada en torno a unas ideas, a unas concepciones

de la salud y la enfermedad, a unos saberes muy precarios sobre el cuerpo y la mente y a unas estructuras de poder capaces de diferenciar con precisión lo normal y lo anormal.

La institución, por sí misma resultaba una estructura perversa. Pretendía aliviar el dolor y lo que hacía era reforzarlo mediante mecanismos y prácticas cotidianas que no contribuían a mitigar los inmensos sufrimientos de quienes se hallaban indefensos a merced de las perturbaciones de su mente. Pero además, quienes ingresaban con un trastorno eventualmente transitorio quedaban atrapados en un callejón sin salida, que día a día, convertía su enfermedad en algo permanente. La sociedad volteaba la cara y no miraba más dentro de esos muros en donde se hallaban confinados seres humanos privados de todos sus derechos, oportunidades y sus responsabilidades personales y sociales. A pesar de todos estos hallazgos y a pesar de haberse demostrado que a los locos se los puede atender humanamente sin manicomios, hoy siguen existiendo millares de ellos por todo el mundo.

En su libro *Vigilar y castigar* Michel Foucault, describió con detalle los mecanismos utilizados en estos lugares. Pero también este autor señalaba que la aparición de las instituciones hospitalarias en el siglo XVII, coincidió con la aparición de las instituciones carcelarias, los cuarteles y las escuelas. Dice él, que estas cuatro formas de institución propias de nuestras sociedades tienen muchas cosas en común, siendo, desde luego muy diferentes en sus funciones sociales y en sus características. No se trata, pues, de decir que la escuela es un manicomio, ni una cárcel, ni un cuartel, pero con poco esfuerzo se podría pensar que tiene un poquito de cada cosa.

En realidad, cualquiera que sea maestro sabe que hay días en que un colegio es un pequeño manicomio de maravillosas pero indomables criaturas que se empeñan en brincar, gritar, jugar y hacer pilatunas que en ocasiones se pasan de la raya. Cuando estos días aparecen, los pobres maestros terminan agotados intentando

poner un poco de orden y calma en la multitud. En realidad los niños hacen muchas locuras en la escuela: basta recordar nuestros días escolares. Vistas con afecto y benevolencia nos pueden producir risa y entusiasmo, pero observadas con el rigor que en general prima en la institución, solamente conducen a actitudes de autoridad y represión que lo único que logran es agrandar el problema y hacer que los maestros y maestras sientan una terrible sensación de impotencia ante grupos de niños y jóvenes renuentes a aprender, a comprometerse con el desarrollo armónico de la escuela, propensos a crear desorden y, lo peor, cada vez más inclinados a acciones claramente violentas y peligrosas.

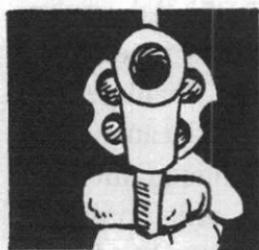
Los niños, las niñas y los adolescentes no son propiamente ángeles venidos directamente del cielo. Son personas. Personas con todas las cosas buenas y las cosas malas que los seres humanos recogen desde que nacen en los ambientes en los cuales transcurre su vida. Niños y jóvenes llenos de sueños, expectativas, problemas y temores llegan a las aulas escolares. Muchos vienen cargados de dolor, porque sus primeros años han transcurrido en medio de dificultades y limitaciones. No pocos llegan marcados con los signos de una violencia implacable que se respira en la familia, en el vecindario, en los campos donde la muerte y la tragedia esparcen su huella. Muchísimos de ellos y ellas —muchos más de lo que sería imaginable entre seres humanos— han sido maltratados físicamente, sometidos a torturas, abusados sexualmente, explotados sin misericordia en trabajos que sobrepasan sus posibilidades físicas. Esos seres humanos son los que vienen a poblar las aulas y los patios de recreo con sus enormes capacidades, opacadas con frecuencia por cargas de soledad, de desamor, de desconfianza en los demás, de rabia...

Esos niños de procedencia heterogénea y vivencias disímiles son puestos en las instituciones bajo la tutela de maestras y maestros que tampoco son ángeles, sino seres humanos. Hombres y mujeres que, como sus alumnos, viven en este mundo, se tropiezan

con el éxito y con el fracaso, con la sensación de ser personas plenas en su ejercicio profesional o profundamente frustradas por la adversidad de circunstancias que los dejaron sin mejor opción que la de ser docentes. Maestras y maestros que viven sus propias glorias y sus propios dramas de amor, de sueños, de hijos exitosos o de hogares destruidos. En la vida privada de los educadores ocurren también el afecto y la violencia, las necesidades insatisfechas, la enfermedad, la muerte, el dolor. Y, por supuesto, la esperanza. Esa chispa que día tras día quiere sembrarse en sus alumnos para que sean gente de bien, gente productiva. Esperanza porque su trabajo siempre es de futuro. Pero una esperanza cada día golpeada por los hechos terribles de una sociedad en la que nadie parece salvarse.

Todos ellos entran en la maquinaria de una institución donde muchos suponen que las historias personales deben quedarse en la puerta para dar lugar a la disciplina, al uso correcto del uniforme, a los buenos modales y al alto rendimiento académico. Esta maquinaria comienza a funcionar para los niños desde que están muy pequeños, marcándoles el tiempo del silencio y de la risa, regulando sus necesidades fisiológicas, enseñándoles a hacer las filas como en el cuartel, diciéndoles qué enfermedades tienen, como en el hospital, dejándolos encerrados en el salón, como en la cárcel.

Así han transcurrido los días, los años y los siglos de la escuela. Los rituales de disciplina, orden, silencio, obediencia y castigo se han ido reproduciendo de generación en generación como parte de una tradición que se aprende de unos a otros. Nunca, a lo largo de la historia de la escuela han faltado los conflictos entre compañeros que se agreden. Nunca, ha dejado de existir el matoneo de los alumnos grandes sobre los más chicos. Jamás parece estar ausente el miedo instantáneo a las sanciones que acarrearán la violación de las normas o el incumplimiento de los deberes escolares. Esto hace parte de la rutina diaria, de las naturales demostraciones de fuerza de quienes están aprendiendo a sobrevivir en medio de sus iguales.



Muchas de las pedagogías del carácter han sido fundadas en el rigor, en la contención de los impulsos, en el control de las emociones, en la exigencia externa. Todo este arsenal de herramientas hacen parte de una larga tradición en la cual el éxito está marcado por la competencia, por el reconocimiento de la propia incapacidad, por la intolerancia frente al error. Es lo típico de las instituciones basadas en la disciplina y la homogeneidad. Y sería absurdo, tal vez, decir de manera tajante que todo esto por sí mismo sea perjudicial o malo. Finalmente así nos han educado a todos. Al fin y al cabo muchas personas exitosas han pasado por este proceso educativo.

Pero las cosas no tienen que ser siempre iguales. Tal vez existan otras opciones y otros paradigmas. Tal vez pueda pensarse en otro tipo de institución en la cual tengan cabida los intereses y las historias de cada uno de los habitantes de la escuela, pensando que de allí puedan surgir algunos motivos fuertes para sentirse felices en ese espacio privilegiado de la infancia.

Y sobre todo hoy, en un país como Colombia, es inaplazable la transformación de la escuela. Entre otras cosas porque la cruda realidad del país ya la está cambiando en una dirección poco deseable. Lo que en una sociedad normal no pasa de ser un conflicto de chicos, en una sociedad impregnada de violencia se hace peligroso. En efecto, ya no son extraños los hechos sangrientos entre compañeros, ya no es excepcional la amenaza y la agresión física contra los maestros, ya se van haciendo usuales las amenazas de muerte, la presencia de pandillas armadas en los colegios, la rebeldía de tono mayor que amedrenta a los educadores y aún a los padres.

En las instituciones comienzan a hacer presencia los distribuidores de drogas, la prostitución, las desapariciones, las armas. Muchos niños y niñas asisten a la escuela con temor, un temor

distinto que ya no es el de la mala nota o el regaño del maestro, sino temor porque deben transitar por ciudades inseguras y amenazantes, porque en la escuela hay extorsiones, chantajes, violaciones, irrespetos que ponen en peligro la dignidad y aún la vida. En muchas partes del país los maestros también tienen miedo: en ocasiones de agentes externos que amenazan su vida porque allí donde cumplen su tarea grupos armados de distintos bandos —a veces a los padres de familia y con frecuencia a los alumnos— les exigen silencio y fidelidad.

Y en medio de todas estas circunstancias parecería que la institución se niega, por una misteriosa fuerza interna, a cambiar. Ante estos hechos repetidos una y otra vez, se recrudecen las medidas disciplinarias. Ante el miedo se impone la desconfianza. Ante el peligro se aumentan las distancias y la relación de unos con otros se torna más improbable. Los conflictos tienden a resolverse mediante la exclusión o la violencia. La rebeldía se contrarresta con la arbitrariedad del poder.

Tal como ocurre en los manicomios, la escuela que no cambia parece ir enfermando más y más a maestros y estudiantes. Si algo no se transforma radicalmente todos sienten que en ese lugar la vida es difícil y árida. En vez de aprender las maravillas de la ciencia y abrir puertas de esperanza, parecería que allí se cierran todas las puertas al mundo del afecto, de la ciencia y del arte. Y es claro que no son los maestros los absolutos responsables de que esto ocurra, de que sus propias vidas parezcan irse deteriorando en el ejercicio profesional, de que los niños y niñas se hagan más huraños y más impermeables a su intento de ofrecerles alternativas de crecimiento personal y social.

También es claro que no se puede culpar a los niños y jóvenes de haber acumulado lastres tan pesados de violencia social, de desilusión y de escepticismo frente a la vida. Más bien pareciera que hay algo intangible, algo que se disemina como un manto invisible a lo largo del tiempo y que impide que niños, jóvenes y

adultos, juntos coincidan en construir una forma de vida que sea buena para todos.

Es urgente volver a pensar la escuela desde el principio. Poner una y mil veces en tela de juicio su función. Retornar siempre sobre la necesidad de reconstruir una perspectiva humana, asignar de nuevo valor al afecto, a la amistad, a la risa, a la historia personal desde la cual se comprende el mundo, el arte, la ciencia y las relaciones con los demás. Es necesario imaginar una escuela que no quede confinada en las fronteras físicas de tapias y cercados, una escuela en que el amor al conocimiento no esté preso en la repetición fiel de las páginas del texto escolar.

Necesitamos una escuela que permita que las maestras y los maestros sientan cada día como un buen día, cada día como un paso productivo en sus propias vidas, cada acto educativo como un placer que estimula su vida intelectual y afectiva. Hace falta inventar una escuela en la cual haya mucho tiempo para conversar sobre la vida y sobre la esperanza, una escuela donde los sueños diversos de cada alumno sean posibles de realizar en el tiempo. Necesitamos con urgencia rehacer la pedagogía de la amistad: lo mejor, lo más hermoso y lo más útil de la escuela es hacer amigos, compañeros de viaje, cómplices de la fantasía, apoyos en la hora del sufrimiento y el dolor. Esto vale para todos: las niñas, los niños, los jóvenes, los maestros, las madres, los vecinos.

En una sociedad donde el sufrimiento y el dolor tocan a cada familia, porque en Colombia todos hemos sido tocados por la muerte y la violencia, es imposible renunciar a la construcción de vínculos que fortalezcan la compasión y la piedad. ¿Dónde más que en la escuela podrá aprenderse esto? ¿En qué otro lugar podrían plantarse banderas blancas? ¿Cómo aprender a trabajar el cada día de los niños admitiendo que muchos de ellos y ellas están marcados profundamente por la ira y por el miedo?

Ello no se logrará en una escuela que siga los cánones tradicionales; lo máximo que ella logra es posponer la expresión

de la violencia unas horas y trasladarla al parque, al barrio, a la discoteca, al hogar... Ya, afortunadamente, aparecen más y más experiencias que intentan cambiar esas instituciones con demasiados parecidos a los cuarteles. También es alentador el espíritu de más y más maestras y maestros preocupados por la



historia y los sueños de sus alumnos. Aquí y allá florecen experiencias maravillosas de escuelas que verdaderamente cultivan el espíritu humano y la risa, la conversación y el disfrute por la ciencia y el arte. Pero a la vez están todas esas instituciones que no quieren cambiar, todas esas a las cuales hay que recordarles mediante fallos judiciales que los niños son personas y merecen respeto, que no se los puede discriminar con uniformes diferentes por su conducta sexual, que no se los puede rapar sin su permiso, que su apariencia corporal les pertenece, que no pueden ser objeto de discriminación por motivos de raza o religión.

Decenas de fallos de tutela demuestran que algo hay en la estructura escolar tan perverso como en la estructura de los manicomios; algo que enferma a los maestros y los hace sentir socialmente inútiles, algo que deteriora su imagen de sí mismos, algo que los impulsa a no aceptar que sus alumnos son niños y niñas de carne y hueso paridos por un mundo violento que ellos no eligieron pero que tienen que volver a soñar para no perder la esperanza de un mundo mejor. Hay algo que maltrata profundamente dentro de la estructura tradicional de la escuela, algo que también maltrata a los padres, a las madres cuando reciben quejas sobre la incapacidad de sus hijos, sobre la imposibilidad de mantenerlos más tiempo en la escuela, sobre sus pésimos modales, sobre las discapacidades que los inhabilitan para ser tan humanos como los otros niños.

Todo lo bueno que hay en la escuela, y es mucho, termina con frecuencia opacado por esos rituales disciplinarios que desconocen lo profundamente humano de la labor educativa y ponen en

el primer plano las reglas, los índices de logro, los puntajes, los patrones de normalidad arbitrariamente delineados en una sociedad en la que muchas veces queda la amarga sensación de no haber nada normal.

No queda otro remedio que volver a inventar el mundo; en ello soy optimista. Creo que entre todos podemos volver a inventar el mundo. Pero sobre todo creo que será más fácil si escuchamos a los niños y a los jóvenes y nos montamos entusiastas en sus sueños. Creo que esto ya sería una revolución escolar absoluta: que hablen los alumnos y se callen un poco los maestros. Que nos callemos un poco los adultos, pero no por desagrado, no por desprecio, no por renuncia, sino por necesidad de oír voces nuevas, por necesidad de alimento para nuestra propia esperanza. Escucharemos historias bellísimas y breves biografías escalofriantes. Escucharemos preguntas, relatos y fantasías en los cuales irán poco a poco colgándose la matemática, la física, la historia, la literatura, la química, el arte... Al final, conocimiento y afecto irán trenzando, tal vez, un camino hacia una institución educativa muy diferente a la escuela que todos hemos conocido: una escuela en la que sea posible, desde el placer de convivir, volver a inventar el mundo.